

epistolare sembrano esaminati con sufficiente ed eguale attenzione, in particolare quelli formali, di funzionamento e di rapporto. Ma sono, crediamo, limiti e difetti naturali ad un tipo di indagine come quella condotta da L. Versini, in qualche modo preliminare, atta perciò più a stimolare l'interesse degli studiosi che a dare già di per se stessa risposte esaurienti e definitive; tali perciò da non intaccare la sostanziale validità di un lavoro il quale non mancherà certamente di suscitare per il genere epistolare quell'attenzione che la formula, per i risultati raggiunti e per le implicazioni di ordine sociologico e formale che essa comporta, senza dubbio merita.

FRANCO PIVA

C. VIAN, *Storia della Letteratura spagnola. II, Dal Settecento ai nostri giorni*, Cisalpino, Milano 1980. Un volume di pp. 423

El volumen completa la obra (el primero vio la luz el pasado año) de esta visión de conjunto de la historia de la literatura española. Obra nueva desde el principio hasta el final. Hecha, más que escrita, con un ritmo in crescendo a medida que el autor se acerca a la cultura de nuestros días, la vivida personalmente en sus años de permanencia en España (Sevilla, Valencia, Madrid, Barcelona). Páginas no programadas por número de líneas o por importancia del autor. Fueron escritas « a la buena », como fueron saliendo en el día concreto que nuestro crítico se encargaba con un nuevo autor, con una nueva temática. Pero salieron como tenían que salir de la pluma de Vian, después de tantos años de lector fino a infatigable de las letras españolas: obra sí de madurez, con la ironía del viajero de vuelta, pero también con la pasión e ingenuidad de quien todavía cree en su trabajo, en la cultura como medio de verdad.

Creo que es un buen trabajo para la hispanística italiana poseer información informada, pero sin la pesadez académica de siempre. En efecto, los capítulos del libro se leen con la rapidez e interés del artículo, mitad periodístico, mitad científico. A veces autores importantes son tratados demasiado rápidamente, pero en compensación abre caminos nuevos, y no pocos, de autores apenas estudiados, de relaciones hacia nuevos desarrollos de la literatura comparada. Sería, pues, este volumen una buena guía para hispanistas franceses, italianos y también, aunque en menor grado, para ingleses y alemanes.

El volumen de Vian tiene la ventaja de encuadrar a los literatos no solamente en su parcela de saber histórico-temática, sino en el campo extenso de la cultura como expresión global del espíritu de cada generación. Por eso nuestro autor no olvida las restantes manifestaciones artísticas, al menos en sus nombres más consagrados, de arquitectura, pintura y escultura. Y lo que es más

sorprendente dentro de la crítica literaria: ver su ligazón y a veces dependencia de la filosofía, del pensamiento metafísico y político: Balmes, Giner de los Ríos, Ortega son algunos de los eslabones de esta serie. Y con la filosofía la ciencia base de todos los estudios humanísticos: la historia. Agudas y penetrantes interpretaciones de etapas todavía vivas por experiencia personal, pero vistas con el equilibrio de quien tiene presente en manera clara la evolución global de la historia y, para expresarnos como Unamuno, intrahistoria de España. En esta línea la interpretación de Francisco Franco como el último espadón del siglo XIX (el penúltimo, naturalmente, sería Don Miguel Primo de Rivera). Y sí, hay mucho de verdad. La estructura mental de los personajes, las circunstancias políticas como trampolín de pronunciamiento son fundamentalmente las mismas. Contractar oponiendo las diferencias entre un Narváez, un Espartero, o un O'Donnell siempre integrados en un partido político y Franco fuera de todos ellos en un inicio, para concluir, después, en el antipartido falangista, no quitan verdad a lo dicho; afirman la habilidad maquiavelista del caudillo.

No deja, evidentemente, de causar impresión en una historia general de la literatura española, que ha tenido presente la subida del papel y los cálculos editoriales (el autor pensaba en un tercer volumen para el siglo XX), dedicar todo un capítulo al filósofo Ortega y Gasset. Y lo juzgamos un capítulo fundamental. No basta, como es norma, apuntar en dos líneas su importancia. Hacía falta, como ha escrito Vian, delinear con precisión la quantitas y la qualitas de la influencia. Hacía falta presentarlo no sólo como padre de la escuela filosófica española más prestigiosa de la edad contemporánea: Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, García Bacca, García Morente, Ferrater Mora, Javier Zubiri, Recasens Siches, Marías, sino también como animador, fundador de revistas literarias, ideólogo de la novela y de la poética. « No podemos olvidar que cronológicamente hablando fue Ortega crítico literario antes que filósofo; pero es más exacto decir que la reflexión estética tuvo, y tenía que ser así, una parte capital en el desarrollo coherente de su pensamiento. Justamente porque ello lo inducía a considerar la vida en su dinámica vital, conoció por experiencia continua la literatura y el arte de su tiempo, expectador asiduo de teatros y conciertos (como incluso de los campos deportivos), y se dio cuenta de la importancia de artistas como Proust y Debussy ». En fin para un italiano, mediando todas las diferencias que se quieran, la comprensión de la figura orteguiana en el conjunto de las letras españolas debe ser comparada indudablemente con la de Croce (la correspondencia sumisa de Machedo al filósofo, el tono respetuoso del viejo Unamuno no son más que algunos ejemplos del prestigio de Ortega entre las figuras de mayor relieve de la literatura española a él coetánea); por eso Ortega sí vale un capítulo.

Romper mitos y viejas ideas nos ha parecido el filo conductor-subjetivo del trabajo. Obra, por



tal, original. No por un excesivo uso de « cosas » nuevas sino por adhesión continua a interpretaciones difíciles, que buscan, no sabemos si intencionadamente, impresionar al lector. Es la guerra, como en Unamuno (y no creo que Vian se disguste por la comparación), contra eso y aquello, a veces contra todos. Es como el « regusto » de jugar al bueno y al malo, de representar el blanco y el negro al mismo tiempo y bajo las mismas circunstancias. Es la afirmación de luchar contra el primer principio de lógica aristotélica porque « se puede ». Pero ¡cuidado! el juego tiene un límite: el de la autenticidad con las propias ideas, la presencia continua de un creyente « abierto al mundo de la cultura », de la libre dialéctica de las ideas; en suma la presencia de un verdadero católico liberal.

De destacar es también la interpretación europea y no « typical » de nuestro siglo XVIII y sobre todo del XIX. El dominio de traducciones, de revistas, etc. le llevan a esta afirmación cada vez más compartida por la moderna crítica. Interesante la opinión sobre el origen del romanticismo en autores considerados tradicionalmente neoclásicos: *Las Noches lúgubres* de Cadalso, algunas elegías de Menéndez Valdés, Jovellanos y Cienfuegos, varias anotaciones de los diarios secretos de Jovellanos, la misma *Raquel* de García de la Huerta, etc. Quizás se « pase » un poco (pasarse sin pasotismo) en la discutida opinión de la unificación de '98 y modernismo en favor de este último. Para un juicio que enviste al menos quince años de literatura ha debido, a nuestro parecer, definir bien el concepto, máxime cuando se puede prestar a dudas, en muchos autores españoles, los límites entre modernismo poético (Rubén Darío como Ramón Jiménez) o filosófico-religioso (Ortega, Machado). Excelente, a pesar de la lucha contra el espacio, la elección de escritores del periodo franquista. Los nombres de algunos jóvenes escritores (nacidos entre el 1945 y el 1950) sacados del enorme « puchero » actual indica una perfecta puesta al día de premios literarios de primera y segunda fila, además, naturalmente, de una lectura de los textos. En fin muy útil y actual el breve recorrido por las literaturas peninsulares no castellanas: gallega, vasca y sobre todo, es lógico, catalana.

LUIS DE LLERA

S. TOSCANO, *Introduzione al carteggio Comparetti Amari*, « Siculorum Gymnasium », n.s., XXXII (1979), pp. 413-543.

Diversamente da quanto indicato nel titolo, il lavoro del Toscano non consiste solo nell'Introduzione (in realtà limitata alle pp. 413-446), ma comprende altresì l'edizione vera e propria dell'intera corrispondenza (pp. 447-543). Quest'ultima si snoda, con alcuni intervalli rilevanti, dal luglio 1864 al medesimo mese del 1884 e comprende in totale 83 pezzi, di cui 48 dell'Amari (reperibili presso la

Biblioteca della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Firenze) e 35 del Comparetti (custoditi nel Fondo Amari della Biblioteca Nazionale di Palermo).

Nell'attenta e documentata Introduzione il curatore delinea in modo incisivo i profili biografico-scientifici di Amari e Comparetti e si preoccupa di enucleare i temi fondamentali del carteggio, riconducendoli molto opportunamente a due e cioè, « da un lato l'interesse per gli studi e per gli studiosi di orientalistica, dall'altro il ruolo di primo piano svolto dai due corrispondenti nella gestione del mondo culturale italiano, a livello di università, di accademie, di biblioteche e istituti di cultura in genere » (p. 417).

Il motivo forse più sviluppato riguarda appunto gli studi orientalistici ed in particolare la costituzione a Firenze, nel 1871, di una Società asiatica italiana di studi orientali con a capo Amari, vice presidenti Comparetti e Fausto Lasinio, segretario Angelo De Gubernatis e la partecipazione di soci del valore di Emilio Teza, Giovanni Flechia, Gaspare Gorresio, Giacomo Lignana, Michele Kerbaker ed altri. Molte lettere sono dedicate alla vita di tale sodalizio ed affrontano con speciale considerazione le trattative intercorse tra l'editore Hermann Loescher e la dirigenza della Società a proposito della pubblicazione e diffusione di un « Annuario » che a fatica vide la luce nel 1873 ma fu poi interrotto per motivi economici. D'altronde la stessa Società asiatica incontrava sul suo cammino diversi ostacoli e stentava a sopravvivere con le sole sue risorse; fu in tal modo costretta ad appoggiarsi all'Istituto di Studi superiori (cfr. pp. 472-473). Nel frattempo però il capoluogo toscano assunse il ruolo di centro propulsore degli studi orientalistici italiani ed europei tanto da essere scelto quale sede del IV Congresso internazionale degli orientalisti nell'edizione del 1878 (cfr. l'accenno a p. 492)¹.

Una caratteristica di quel periodo culturale fu l'urgenza e la necessità di dare al nostro paese delle strutture e degli strumenti di indagine che fossero all'altezza degli avanzamenti già fatti registrare subito dopo l'Unità. Oltre al rinnovamento di molti centri universitari (di cui l'Istituto fiorentino rappresentava una sorta di modello), si segnalò la nascita quasi spontanea di altri organismi culturali aventi un rapporto marginale con le istituzioni statali, come accadde, perlomeno inizialmente, per la Società asiatica. Ancor maggior rilievo assunse la comparsa parallela di parecchie riviste scientifiche altamente specialistiche — e presto di buona levatura europea — intorno alle quali non tardarono a riunirsi i migliori studiosi italiani. Basterà

¹ Su tale congresso ed in genere intorno agli studi orientalistici si possono utilmente consultare le lettere inviate da Michele Amari e Fausto Lasinio ad Emilio Teza conservate presso la Biblioteca Nazionale Marciana di Venezia, rispettivamente Ital. Clas. X, cod. CDXVII = 11727 e CDXXXI = 11741.